

José Miguel MARTÍNEZ CARRIÓN (editor), *El nivel de vida en la España Rural, siglos XVIII-XX*. Universidad de Alicante, Alicante, 2002, 733 pp.

El viejo debate sobre el nivel de vida de la clase obrera británica durante la Revolución Industrial se ha enriquecido en los últimos años por dos razones. La primera es que se ha pasado de una concepción crematística del bienestar a otra que contempla elementos del nivel de vida no necesariamente dependientes del ingreso, que son asimismo «derechos de acceso» necesarios para prosperar (salud, educación y libertad). La segunda es que han proliferado las monografías, el mejor camino para obtener resultados generales sólidos en periodos preestadísticos. Buen conocedor de la historiografía inglesa —no en vano fue pionero de los estudios antropométricos en España—, Martínez Carrión organizó en 1997 la sesión «Los niveles de vida del campesinado en la España contemporánea» dentro del VII Congreso de Historia Agraria. Pretendía con ello no sólo animar a los agraristas a prestar atención a un tema poco estudiado, sino abordarlo al estilo «británico»: monografías que aumentaran nuestro «stock» de conocimientos sobre los distintos elementos del nivel de vida. De ahí, que diseñara la sesión en tres partes: salarios e ingresos familiares, consumo, tamaño del cuerpo y salud. En palabras del propio organizador, «*la respuesta obtenida no fue muy satisfactoria. Las comunicaciones fueron pocas, a diferencia de otras sesiones, y la mayoría se centraron en indicadores que, por sí mismos, no tenían la suficiente fuerza explicativa, necesaria para el debate tal y como se había diseñado*» (*Noticiero de Historia Agraria*, n.º 14, pag. 26). Este hecho no desanimó a Martínez Carrión. Después de seleccionar cinco de los trabajos presentados en Salamanca, solicitó seis más a especialistas. El resultado ha sido un libro que cumple con los objetivos de aquel congreso ya que, además de una valiosa introducción del editor, contiene excelentes monografías sobre salarios, consumo, reproducción, salud, estatura y trabajo y educación infantiles.

Martínez Carrión comienza la introducción rindiendo cuenta de los problemas y debates económicos, sociales y políticos que en los últimos treinta años han modificado la concepción del bienestar y el modo de estimarlo. Un repaso a las recientes investigaciones de Historia Agraria le sirve luego para resaltar hechos que influyeron en la evolución del nivel de vida (existencia no de una agricultura, sino de varias agriculturas; mercantilización que en el corto y medio plazo pudo deteriorar el bienestar y factores institucionales que debieron actuar en el mismo sentido). Comenta después los trabajos incluidos en el libro y también ofrece un balance al que me referiré más adelante.

Las cuatro primeras monografías versan sobre la evolución de los salarios en Castilla la Vieja (1751-1861), Cataluña (1727-1930), Navarra (1801-1935) y sureste (1890-1926). La de Moreno Lázaro ofrece una relación de salarios reales de albañiles y jornaleros de Palencia confeccionada a partir de una fuente primaria, la contabilidad de un hospital. Merece la pena destacar la rigurosidad con la que el autor ha confeccionado el

coste de la vida y los jornales nominales. En el largo plazo, la serie resultante arroja una tasa de crecimiento muy pequeña y, en el medio, destaca el desplome del segundo tercio del siglo XIX. Consciente de que el salario es insuficiente para calibrar el bienestar, Moreno utiliza otros indicadores (coste mínimo vital, ingresos familiares, mortalidad, trabajo infantil) para sostener que el nivel de vida de los trabajadores se deterioró, habiendo aumentado, pues, la desigualdad durante el periodo en el que se gestó el capitalismo agrario en Castilla la Vieja. La monografía de Garrabou y Tello sobre Cataluña se inicia con una introducción en la que, tras plantear las dificultades que conlleva la estimación de salarios reales y su validez como indicadores del ingreso de los trabajadores en economías todavía no industriales, defienden la necesidad de seguir investigando en este terreno *«siempre que seamos prudentes en las conclusiones»*. Precisamente porque en Cataluña fue dominante la explotación familiar, los autores insisten después en la rémora que significa desconocer el número de campesinos que también trabajaban como asalariados –en el estado actual de las investigaciones, sólo sabemos que, hacia 1860, suponían alrededor del 50 %, habiendo descendido considerablemente esa proporción desde fines del siglo XIX–. En la tercera parte del trabajo, se ofrece una valiosa información sobre salarios nominales entre 1720 y 1930 obtenida de archivos patrimoniales para analizar luego su evolución. Muy en síntesis, hubo dos grandes movimientos alcistas (1872-fines de siglo y década de 1920). Aunque en el primero pudo intervenir la mayor eficacia del poder sindical, los autores lo relacionan con el éxodo rural y, sobre todo, con la expansión del cultivo de la vid. El aumento de los jornales fue mucho mayor en el segundo periodo como consecuencia ahora del poder sindical, si bien el éxodo rural y el aumento de aparcerías y arrendamientos jugaron su papel al restringir la oferta de factor trabajo. Las conclusiones de la monografía (evolución del salario real deflactado con precios del trigo) son prudentes al no existir información suficiente sobre el coste de la vida, el peso del salario en los ingresos campesinos o el número de éstos que recurrían al jornal. Ello no obstante, la serie catalana y de 11 países de Europa permite a los autores sostener que, entre mediados del siglo XIX y 1913, el salario real catalán creció, pero menos que el europeo, produciéndose un proceso de convergencia durante la década de 1920.

También Lana Berasain inicia su monografía sobre Navarra planteando los problemas que conlleva la elaboración de salarios reales y el papel que desempeñaron en el bienestar de campesinos que disponían de explotaciones familiares. Pese a ello, apuesta por continuar con esta tarea ya que, además de arrojar luz sobre unos ingresos que frecuentemente no eran marginales, conduce a «problematizar» la investigación sobre los niveles de vida. El trabajo resulta modélico desde el punto de vista de las fuentes utilizadas (cartillas municipales para averiguar la estructura del consumo, archivos patrimoniales para precios y jornales) y del método empleado en la confección de los salarios reales, que presentan una tendencia al alza durante el primer tercio del siglo XIX, una prolongada estabilidad que raya el deterioro hasta fines de siglo y un nuevo impulso durante el primer tercio del siglo XX. Méritos añadidos de la monografía son la serie de jornales reales ajustada al número de días trabajados para los años 1895-1935, cuyo crecimiento es menor que la primera, y la «problematización» de las conclusiones a tenor de la influencia que los cambios institucionales jugaron en el nivel de vida –mientras que las desamortizaciones debieron de actuar negativamente durante la primera mitad del siglo XIX, las parcelaciones y repartos de comunales realizadas desde 1855 habrían aliviado el

deterioro del salario real ajustado a las jornadas trabajadas que se produjo entre fines del siglo XIX y 1910-. La última monografía sobre salarios es la de Martínez Soto, centrada en la evolución de los jornales en las zonas vitícolas del sureste y en el estudio del sindicalismo. La información sobre salarios nominales es también en este caso muy rica al proceder de archivos patrimoniales que han permitido al autor construir varias series por oficios y por sexo, que compara con las de las zonas industriales del sureste y con las de los jornaleros catalanes. Igualmente valiosa es la información sobre el sindicalismo (número de sociedades y de afiliados, huelgas, reivindicaciones y procesos de negociación con los patronos). Dos son las principales conclusiones del trabajo. La crisis finisecular y la finalización del tratado comercial con Francia desembocaron en la ruptura del sistema de enfiteusis, provocando un proceso de proletarización que concuerda con la existencia de jornales bajos y estables entre 1897 y 1918. Tras la Primera Guerra Mundial, la mayor eficacia del poder sindical explicaría el aumento de los salarios.

La segunda parte del libro versa sobre consumo y reproducción, aspectos claves para el estudio del bienestar allí donde predominaban las explotaciones familiares. Este capítulo contiene dos monografías, una sobre la España atlántica (1750-1930) y otra sobre Cataluña a mediados del siglo XIX. Rafael Domínguez comienza su trabajo sobre la España atlántica criticando la tesis de que en esta zona del país prevaleciera el autoconsumo porque, dada la incapacidad de aquella agricultura para abastecer a la mayor parte de las familias campesinas, se produjo un temprano proceso de mercantilización acompañado también de pluriactividad. Tras analizar unos mercados muy segmentados e imperfectos que desembocaban en el «comercio forzado», el autor ofrece información sobre las pautas de consumo y su evolución. Las cifras de mediados del siglo XIX evidencian un gran peso de los alimentos –fundamentalmente cereales–, situación todavía predominante a fines de la década de 1880. Por el contrario, las del siglo XX muestran una manifiesta diversificación del consumo. Otro aspecto relevante del trabajo es la utilización de testimonios de viajeros para calibrar las diferencias de consumo entre Galicia, Asturias, Cantabria y País Vasco. Estas diferencias acreditan que hubo una relación inversa entre autoconsumo y niveles de vida. Todo lo dicho sirve al autor para argumentar que, en el caso de la España atlántica, no se cumple la tesis marxista sobre el impacto negativo que el capitalismo tuvo en el bienestar de los campesinos ya que éstos accedieron progresivamente a la propiedad de la tierra y aumentaron sus ingresos mediante la especialización ganadera y las migraciones. Escrita conjuntamente por Colomé, Sagner y Vicedo, la otra monografía comienza presentando un modelo de reproducción económica de las familias campesinas que desagregan en distintas variables susceptibles de ser cuantificadas para la década de 1860. El modelo se aplica luego a tres comarcas catalanas y a dos pueblos obteniéndose tres conclusiones. La primera es que la gran mayoría de las familias no podía cubrir sus necesidades mediante la explotación de sus tierras. La segunda es que la comarca de El Penedés presenta la mayor tasa de cobertura por su especialización vinícola y la tercera, que la capacidad reproductiva disminuía considerablemente durante la primera fase del ciclo familiar. El trabajo concluye analizando las estrategias que los campesinos siguieron para afrontar el problema (arrendar más tierra, recurrir al crédito o conseguir ingresos salariales complementarios en el campo o en la industria). De ellas, la más generalizada fue esta última.

La tercera parte del libro se centra en la salud y la estatura y contiene tres monografías. En la primera, Sanz Gimeno y Ramiro Fariñas construyen series de mortalidad infantil y juvenil de la España interior para el periodo 1800-1960 con la documentación de los registros parroquiales y civiles de 45 pueblos de Cáceres, Guadalajara, Madrid y Toledo. Entre 1800 y 1840, la probabilidad de morir antes del décimo aniversario fue muy elevada (450 x mil), empeorando entre 1840 y 1870 (480 x mil). A partir de este año, se inició un cambio de tendencia frenado durante la década de 1880, de manera que el descenso de la mortalidad se retrasó hasta fines del siglo XIX, continuando durante el primer tercio del siglo XX, aunque alterado por la epidemia de gripe de la Primera Guerra Mundial y por la Guerra Civil. La década de 1940 conoció la mayor caída de las tasas de mortalidad del periodo analizado, hecho que los autores relacionan con las campañas desplegadas por Auxilio Social y Sección Femenina y con la progresiva introducción de antibióticos —como es sabido, otros demógrafos no están de acuerdo con esto último—. Finalmente, la década de 1960 presenta ya tasas de mortalidad similares a las de los países más avanzados. La monografía también aborda los cambios estructurales en la mortalidad y las causas de las defunciones. Cabe destacar en este sentido que la mortalidad rural fue menor que la urbana hasta la década de 1920 y dos hechos que abundan en el pesimismo durante el siglo XIX: la mortalidad juvenil fue más elevada que la infantil y alrededor del 80 % de las muertes se debió a enfermedades infecciosas. El siguiente trabajo es de Martínez Carrión y Pérez Castejón y estudia el «nivel de vida biológico» de la España rural mediterránea utilizando como indicador la estatura media de los reclutas del sureste llamados a filas entre las décadas de 1850 y 1960. Los datos proceden de fuentes municipales muy fértiles ya que en pueblos y ciudades eran medidos todos los mozos, incluidos los que luego redimían el servicio, apareciendo, además, su profesión y su nivel educativo. Esta fuente permite a los autores analizar no sólo la evolución de la talla, sino las diferencias entre el campo y la ciudad, entre agricultores con tierra y jornaleros y entre analfabetos y alfabetizados. Las cifras de la segunda mitad del siglo XIX muestran una caída de la estatura que contrasta con el crecimiento económico de esos años, mientras que las del siglo XX avalan el optimismo excepción hecha de las del periodo 1936-1950. La talla urbana fue mayor que la rural hasta la década de 1880, produciéndose desde entonces un proceso de convergencia sólo alterado en detrimento del campo durante la década de 1940. La estatura de los agricultores con tierra fue superior a la de los jornaleros y también los alfabetizados eran más altos que los analfabetos. La monografía contiene, finalmente, un apartado donde se ofrecen hipótesis explicativas de los ciclos de estatura (desde los cambios institucionales a la nutrición, pasando por la desigualdad, el trabajo infantil y la morbilidad). El tercer trabajo es de Gloria Quiroga y estudia el «nivel de vida biológico» en la España rural entre 1893 y 1954 a través de la talla de los reclutas obtenida de las hojas de filiación del Archivo Militar de Guadalajara. La evolución de la estatura en el campo es concordante con la española (descenso a fines del XIX; aumento entre 1900 y 1935 y nuevo descenso hasta 1953 con una tímida recuperación desde 1946). Sin embargo, el contraste entre profesiones agrarias y no agrarias y entre campo y ciudad enriquece el análisis. Los campesinos con tierra y los jornaleros eran más bajos que los reclutas que trabajaban en otras profesiones. La estatura de los jornaleros se deterioró con respecto a la de los campesinos con tierra y la del campo fue menor que la de las ciudades, hecho este último que contrasta con la «*urban penalty*» detectada durante la primera fase de la industrializa-

ción de los países pioneros. El capítulo también incluye un análisis de los factores que pueden explicar tanto la conducta de la talla rural como sus diferencias con la urbana.

La última parte del libro contiene dos monografías sobre trabajo y educación infantil. La primera es de Borrás Llop y estudia el trabajo infantil en el mundo rural entre 1849 y 1936. Habida cuenta de que los censos de población ocultan el trabajo infantil antes de los 12 años, el autor recurre a fuentes como encuestas de organismos oficiales y memorias de inspectores escolares para incidir en tres hechos no precisamente optimistas. El trabajo infantil estuvo generalizado en el campo porque era necesario para la reproducción de las familias y se iniciaba a edades muy tempranas (4-7 años según los casos). El absentismo escolar fue muy elevado –del 33 al 50 % según las regiones todavía en 1923– y la inmensa mayoría de los niños abandonaba la escuela a los 10-11 años. Tampoco resulta optimista el balance que Borrás realiza sobre la intervención del Estado ya que, al contrario que en el caso de minas y fábricas, no hubo hasta la II República ninguna regulación estricta del trabajo infantil en el campo y porque la ampliación de la edad escolar a los 14 años en 1923 no se acompañó de normas que la convirtieran en realmente obligatoria. La monografía de Carmen Sarasúa («El acceso de niños y niñas a los recursos educativos en la España rural del siglo XIX») aporta una valiosa información obtenida del Diccionario de Madoz y la emplea para argumentar que, aplicada a la España rural del siglo XIX, la teoría de Becker resulta anacrónica. Como es sabido, esta vertiente de la teoría del capital humano se centra en la demanda y ha sido utilizada por Núñez para explicar la escasa escolarización de las niñas –las familias no enviaban a sus hijas a la escuela porque éstas no podían rentabilizar su «capital humano» dadas las bajas tasas de actividad femenina–. Sarasúa interpreta el fenómeno de modo distinto y más complejo. El 50% de los municipios carecía de escuelas mixtas y femeninas, de manera que el papel del Estado parece fundamental. Por otro lado, el estudio que la autora ofrece sobre los gastos familiares acredita que la demanda de educación para niñas no fue pequeña ya que muchos padres recurrieron a escuelas privadas, mientras que el de los contenidos de la enseñanza femenina pone de manifiesto que, al escolarizar a sus hijas, los padres no trataban de hacerlas competitivas en el mercado de trabajo, sino prepararlas para faenas domésticas –las niñas aprendían fundamentalmente «*labores propias de su sexo*» y moral católica–. Huelga decir que el escaso gasto público y este tipo de enseñanza impidieron a las niñas acceder a un derecho necesario para prosperar.

El libro que he reseñado es importante porque aborda un tema crucial y porque converge con la historiografía británica, modelo a emular en lo que al estudio de los niveles de vida se refiere. Aunque las once monografías demuestran que hubo diferencias de bienestar entre regiones y campesinos, permiten alcanzar un primer estado de la cuestión que Martínez Carrión ha sintetizado de este modo: «*Coincidiendo con el despegue de la economía española, disminuyó el poder adquisitivo y los salarios reales, se deterioró el consumo y la estatura, aumentó la mortalidad infantil y aumentó la desigualdad hasta en el acceso a la educación. El deterioro del nivel de vida en las décadas centrales del siglo XIX, sobre todo entre 1840 y 1870, junto con los avances espectaculares en el primer tercio del siglo XX, son otra de las principales conclusiones que emanan de los capítulos de este libro*».

ANTONIO ESCUDERO